

COLOMBIA

Noviembre 21 - 28 1994 No. 76

PRESIDENTE: Patricia Lara Salive.

DIRECTOR: Darío Restrepo Vélez.

ASESOR EDITORIAL: Héctor Rincón.

COMITÉ EDITORIAL: Consuelo Mendoza, Guillermo Cortés Castro, Gabriel Jaramillo, Gloria Zea, Reinaldo Cabrera, Francisco Ortega, Antonio Urdinola, Patricia Lara Salive, Fabio Echeverri Correa.

COORDINADOR EDITORIAL: Eduardo Arias.

EDITORES: Armando Neira (Este País), Germán Hernández (Cultura, Personal y Siete días); José Triana (Economía), María Cristina Caballero (Informes Especiales).

REDACCIÓN: Angélica Gutiérrez, Andrés Grillo, Hernán Correa, Pedro Nel Valencia, Patricia Nieto, Javier Mejía.

Suplementos Especiales: Alirio Bernal.

FIRMAS: Antonio Caballero, Daniel Samper Pizano, Alberto Donadio, Germán Espinosa, Eduardo Escobar, Alfredo Molano, Germán Castro Caycedo, Juan Ballesta, Laura Restrepo, Alfredo Iriarte.

COLABORADORES: Darío Jaramillo Agudelo, Ana María Cano Posada, Pedro Claver Téllez, Jimena Montaña, Hugo Chaparro, Ernesto McCausland, María Claudia Parias, Jorge Nieto, Lulú Bernal, Medardo Arias, José Arteaga, Karl Troller.

FOTOGRAFÍA: Rafael Baena, Bernardo Alberto Peña, Julián Alberto Lineros.

DISEÑO: María Mercedes Cuéllar Botero.

DIAGRAMACIÓN: Marco Robayo Moya.

ILUSTRACIONES: Jalro Linares.

AGENCIAS: Efe.

SERVICIOS FOTOGRAFICOS: Age, Contifoto, Cover, Efe, Europa Press, Flash Press, Image Bank, Keystone, Radial Press, Staff, Stock y VO Press.

JEFE DE PRODUCCIÓN: Henry Hans Moya.

CIRCULACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: Ciro Alfonso Cepeda M.

Cambio16 Colombia es una publicación de Inrevisa Colombia S.A., con resolución 624 de junio 10 de 1993 de la Dirección General del Derecho Autor - Ministerio de Gobierno. Permiso de Tarifa Postal Reducida número 1334.

GERENTE GENERAL: Guillermo Cortés Castro.

GERENTE COMERCIAL: Rodrigo Camargo.

COORDINADOR DE SUSCRIPCIONES: Andrés Villegas Cortés.

ADMINISTRADORA: María Cristina Linares.

IMPRESIÓN: Optima Ltda.

FOTOMECAÁNICA: Pro-Scanner, PrePrensa.

SEDE CENTRAL: Bogotá, Calle 78 número 9-57 Piso 6°

teléfonos: 312 0188/312 0199

Fax: 255 4575/255 5181.

SERVICIO AL SUSCRITOR: 312 4000 Fax 255 5490

PUBLICIDAD: 616 2387/ 616 9186/ Fax: 616 9981.

MEDELLÍN: Via Comunicaciones. Calle 9A número 37-40. Conmutador: 3117544. Fax: 3115639.

CALI: Comercializadora Occidente. Calle 28 norte # 4N-76. Teléfono: 681534.

BARRANQUILLA: Comercializadora Costa Norte Ltda. Calle 72 No. 54-35 oficina 9A. Tels.: 459901 459144.

AMERICA

No. 1201

EDITOR: Daniel Samper Pizano.

REDACTOR JEFE: Carlos Alcay.

REDACCIÓN: María Aldave, José Antonio Alonso, Laura Cristóbal, Susana Contesti y Francisca Coronado

Diseño: Pepe Flores.

CORRESPONSALES: Daniel Mordzinski (París), Carlos Enrique Bayo (Washington), Daniel Mermelstein (Londres), Julio Algañaz (Roma), Norma Morandini (Buenos Aires), Hazael Toledano (Jerusalén), Carlos Bradac (Moscú), Antonio Martínez (Chile), Benjamín Ortiz (Quito), Juan Luis Díaz Prat (San José de Costa Rica), Angel Tomás González (La Habana), María Dolores Albiac (San Salvador), Manuel Torres (Tegucigalpa), Indalecio Rodríguez (Panamá), Claudio Alvarez Dunn (San Juan de Puerto Rico), Lupe Cajías (La Paz), Luis Méndez Asensio (México).

ESPAÑA

No. 1201

DIRECTOR: Juan Tomás de Salas.

COMITÉ EDITORIAL: Jorge Amado, José Cardoso Pires, Carlos Fuentes, Claudio Magris, Augusto Monterroso, Juan Carlos Onetti, Ernesto Sábato, Hugh Thomas, Arturo Uslar Pietri y Mario Vargas Llosa.

DIRECTOR ADJUNTO: Román Orozco.

Reinserción no; reconciliación sí

CON LA MEJOR VOLUNTAD LOS GOBIERNOS de los últimos 15 años se han lanzado a la búsqueda de la paz con los movimientos alzados en armas. Todos de alguna manera han ido construyendo un camino destinado a ambientar el proceso y a generarle el mejor clima posible.

De la misma manera como la Biblia sentencia que cada día trae su afán, los colombianos hemos identificado en cada cuatrienio un esquema distinto en el afán por la paz. Pero la paz ha sido esquiva. Hoy el Gobierno del presidente Ernesto Samper se ha lanzado al agua con sus propias ideas. Y en ellas se respira el fruto de las experiencias propias y extrañas.

Cuando el presidente Samper le pide al país presentarse al proceso de paz «sin actitudes preconcebidas» y plantea sentarse a «una negociación sin condiciones» está diciendo que el Gobierno no descarta nada, siempre y cuando sea para lograr la paz definitiva. Hay que reconocer aquí una novedad. Usualmente los gobiernos elaboraron unilateralmente sus propuestas de negociación y por eso terminaron negociando sobre el esquema de negociación y no negociando la paz. La idea de Samper, en cambio, es construir directamente con la guerrilla todos los asuntos relacionados con la negociación, como los objetivos, la agenda, el lugar, los mecanismos de participación de la sociedad civil, el manejo de la información y todo lo que tenga que ver con garantizarles a ambas partes, y no sólo al Gobierno, la confianza necesaria para avanzar hacia un verdadero tratado de paz.

Pero quizá la mayor novedad conceptual que se vislumbra en la propuesta de Samper es que para el Gobierno la paz no es reinserción ni desarme, sino la reconciliación y el reencuentro de compatriotas, que es lo importante. En esas condiciones, si el objetivo principal no es la entrega de armas sino la generación de condiciones políticas y sociales para que su uso no sea necesario, los colombianos debemos confiar en que no se trata de un

juego de palabras sino de una verdadera redefinición del «tamaño del negocio».

Eso explica que la propuesta de Samper borra el término «reinserción», que no aparece ni una vez en el informe del Alto Comisionado para la Paz ni en el discurso del Presidente, con toda la carga discriminatoria y repelente de un término que no unifica a la nación y se aplica más a desechables y a enfermos mentales que a luchadores políticos.

Quizá por primera vez la paz empieza a ser tratada como el fruto de una convicción real y desprevénida y no como un asunto estratégico o táctico. Pero eso supone responsabilidades de lado y lado. Para la guerrilla implica no convertirla en proselitismo armado y para el Gobierno

significa no limitarse a tratar de arrinconarla, sino, al contrario, de relegitimarla y permitirle su concurso como actor político nacional.

Después de la presentación del plan de paz del Gobierno de Samper, es obvio que el balón ha pasado al campo de la guerrilla. El Gobierno está demostrando una generosidad sin antecedentes porque no cree que en este proceso se trate de guardar cartas ocultas para regatear al detal con la guerrilla, sino de poner todo sobre la mesa con

sinceridad y audacia, no para «abrirse de patas», como algunos pueden estar pensando, sino para otorgarle la debida seriedad y responsabilidad a un proceso de semejante envergadura.

Samper le ha dado una voltereta a la visión del proceso pacificador, francamente liberal y abierta: para él no se trata de negociar con arrepentidos y derrotados sino con compatriotas que tienen ideas diferentes y con los cuales queremos reencontrarnos en nombre de la patria.

Es claro que el Gobierno ha hecho un esfuerzo auténtico y honesto de elaborar una propuesta a la que los alzados en armas puedan decir que sí. Es el momento de que la sociedad civil le apueste a este esfuerzo y la guerrilla le diga sí.

DARÍO RESTREPO VÉLEZ

ESTE PAIS

ALFREDO MOLANO BRAVO

HACE POCOS DÍAS ME LLEGÓ UN sobre con una extraña invitación: conocer la realidad que vive La Dorada. Acepté sin recelos y con Fernando Rozo nos aparecimos una tarde en el café que nos habían señalado. Al entrar uno de los contertulios extendió la mano y nos presentó ante los demás como «dos periodistas que vienen a darse cuenta de las mentiras de la gran prensa. Son los únicos de 20 invitados que vinieron». Hablaban —como todo el mundo hoy en La Dorada— del padre Nicolás, el cura que derrotó a Victor Renán Barco en las elecciones para la Alcaldía. Entendimos, entonces, la razón de la invitación: conocer a quien triunfó sobre un viejo y astuto gamonal, y que además ha sido acusado de paramilitarismo.

El padre Nicolás nos dio cita para el día siguiente por la noche. Teníamos suficiente tiempo para conocer el contexto antes de conversar con el personaje. Nuestro anfitrión nos invitó a mirar la salida del IX Maratón del río Magdalena en Puerto Triunfo (Antioquia). El programa en sí poco nos interesaba. No así la posibilidad de acercarnos a la historia reciente de una región dominada por la imagen de la guerra irregular y por el mito, aún vivo, de Pablo Escobar.

Al día siguiente abordamos un campero rumbo a Puerto Triunfo. «El río Magdalena es un arenal que se desplaza espasmódico», nos dijo uno de nuestros acompañantes, médico y picado —como tantos caldenses— de poeta, y con esta frase atravesamos el gran río. «Allá abajo —continuó nuestro anfitrión— está la hacienda El Japón, enfrente de la base aérea de Palanquero (Puerto Salgar), donde *El Tiempo* ubica una escuela paramilitar. En realidad se trata de una escuela de primaria que sostiene Jairo Correa, acusado de enriquecimiento ilícito y detenido en la cárcel Modelo. Así es todo».

La referencia nos dio la oportunidad para plantear el tema del paramilitarismo. «Lo que existe en el Magdalena medio —nos afirmaron con cierta brusquedad— no es paramilitarismo sino autodefensas. Son dos cosas distintas: las autodefensas son un movimiento defensivo apoyado por los ganaderos para impedir que las guerrillas continúen imponiendo su ley. Fueron amparadas y creadas por el mismo gobierno. Son producto de la incapa-



MAGDALENA MEDIO: GU



La derrota política de un gamonal a manos de un cura acusado de paramilitar revuelve de nuevo el avispero en el Magdalena medio.

ciudad manifiesta del Estado, corrompido por el clientelismo, para mantener el orden y la autoridad. Si se coge a un ladrón lo sueltan o lo dejan escapar por la simple razón de que pone diez votos. Si se captura un bandolero lo sueltan porque le tienen miedo a la guerrilla. Si no hay justicia pública, hay justicia privada».

El valle del Magdalena medio fue colonizado —como la mayoría del país— por campesinos expulsados por la violencia y el minifundio. Llegaron del Tolima, de Cundinamarca, Boyacá y de Antioquia con un perro y un hacha, una mujer y cinco hijos. Se metieron a tumbiar selva, a cosechar maíz y a sembrar pasto. Muchos acabaron la vida en el mero descumbré, otros alcanzaron a levantar unas pocas cabezas de ganado. La mayoría vendió sus posesiones, a las buenas o a las malas, a comerciantes o a ganaderos que tenían el capital suficiente para convertir las rastrosas del colono en haciendas. La transferencia de riqueza empujó la colonización hacia el norte, siguiendo la línea del ferrocarril. Los campesinos fueron desplazados por ganaderos paisas y la pelea, desde esa época, quedó casada.

Hacia los años sesenta llegaron desde

trenamiento y dotación de armas a estos grupos. Con diversos resultados combaten a las guerrillas y al comunismo. El terror comienza a retroalimentar la guerra. Poco después se le agrega al Magdalena medio un catalizador siniestro que saca de madre todos los procesos: el narcotráfico. Por diferentes caminos llegan Pablo Escobar, Rodríguez Gacha y Gilberto Molina. Todos compran enormes extensiones con el doble propósito de asegurar su dinero en la tierra y ganar ascendente político con miras a una guerra que se veía venir desde el asesinato de Lara Bonilla.

El Magdalena medio es una zona rica y estratégica. Allí se cruzan todos los caminos. El ferrocarril corre al lado del río y los oleoductos al lado del ferrocarril. Tiene tierras de primera calidad, y si en alguna parte hay un colombiano de todos lados es precisamente en el Magdalena medio. «Los narcos quisieron reemplazar —nos explicaron nuestros acompañantes— a los ganaderos en el apoyo a las autodefensas, pero no lo lograron porque su jefe máximo, Henry Pérez, se opuso rotundamente y les declaró la guerra».

El Magdalena medio es una tierra libertaria —agregaron— y para ejemplificarlo mejor nos dijeron el siguiente cuento: unos años atrás mandaron a la zona

«Sólo aceptaremos la paz cuando las guerrillas se desarmen», afirman voceros de las autodefensas

Yacopi y desde el norte del Tolima los primeros avances guerrilleros y rápidamente echaron raíces. No existía ninguna autoridad y la que de tarde en tarde aparecía era inmediatamente corrompida por los más fuertes. Tampoco existían programas de salud, educación o vías. Los colonos y quienes de ellos vivían, los comerciantes, estaban librados a su propia suerte. Los frentes de las FARC fueron imponiéndose como autoridad y el Partido Comunista como alternativa política. Naturalmente no todos aceptaban el estado de cosas, pero eran minoría.

La mayoría ni supo o ni pudo evitar los abusos y arbitrariedades del poder que constituía y el conflicto económico larvado se tradujo en un enfrentamiento político. Para conservar su autoridad las guerrillas cometieron todo tipo de atropellos. El secuestro y la vacuna aumentaban al ritmo y medida en que la ganadería se consolidaba y la envergadura del conflicto armado crecía. La guerra quedó decretada. En el desprestigio progresivo nacen las autodefensas. El Gobierno, amparado en una ley aprobada durante el Gobierno de Carlos Lleras, facilita la organización, en-

una patrulla de Policía Vial con ocasión de la inauguración del puente sobre el Magdalena que comunica a Boyacá con Antioquia. Los patrulleros se dedicaron, como era de esperarse, a la extorsión más descarada. Nadie podía pasar los retenes sin soltarles billete, hasta que un día amanecieron muertos en el cruce de Puerto Boyacá». Con este cuento llegamos a Puerto Triunfo.

Puerto Triunfo es más grande y más pobre de lo que imaginábamos. Un pueblo antioqueño agitado quizá más por las ferias del Limón y la Simpatía que tenían lugar, que por su actividad económica cotidiana. Mucho trago, mucha música y mucho vendedor de baratijas.

Regresábamos ya a La Dorada, cuando decidimos parar en uno de los caseríos que hay a orillas de la carretera a tomar nos una cerveza. Uno de nuestros guías, que había notado nuestro evidente interés por las autodefensas nos dijo tan pronto nos sentamos: «Ahí hay uno de los hombres de las autodefensas. Es uno de los mandos». Tenía 40 años. Pequeño y fornido, sombrero de plástico y cadena de oro al cuello; amable, nos invitó a su mesa. El

RRA Y PAZ

RAFAEL BAENA

ambiente no se diferenciaba en nada al que hemos conocido en todas las zonas de colonización del país. Si el personaje no hablara bien del Ejército, lo habríamos podido confundir con cualquier guerrillero. Desde que nos saludó entendimos que era un guerrero: claro, sin esguinces, blanco sobre negro. Fue directo al grano.

«Comenzamos a pelear —nos dijo— porque la guerrilla quería imponernos hasta el nombre. Nos quitaba los hijos para meterlos en el monte. Secuestraba, boleteaba, vacunaba. Cansados de tanto abuso decidimos frentearla y organizar autodefensas. Somos campesinos adictos a la causa del gobierno y del orden. Lo que pasa es que las autoridades están corrompidas o frenadas por la Procuraduría y el cuento de los derechos humanos».

«Un día —agregó— nos llamaron del batallón de Puerto Berrio y nos dijeron: “El Ejército está amarrado por el gobierno, ustedes verán qué van a hacer”. Nosotros teníamos las manos libres y la razón de nuestra parte, y comenzamos a atacar las propias autodefensas de las guerrillas».

«Fue una guerra sangrienta que poco a poco fuimos ganando apoyados por todo el mundo. Limpiamos la región de delincuentes y la paz regresó. Todo andaba bien, hasta el día en que Henry Pérez disgustó con Pablo Escobar porque éste quería utilizarnos y porque se descubrió que andaba en tratos con la guerrilla. Vimos que él lo que buscaba era imponerse como se impuso y formar su propio imperio. Pablo Escobar, ya muerto *el Mexicano*, puso precio por nuestras cabezas. Compró soldados, oficiales y policías, miembros de la SIJIN, del DAS y del bloque de búsqueda. Quedamos desamparados y tocó huir».

«Nos llamaron de Bogotá a una reunión con unos gringos y con miembros de alto rango de la Policía y del Ejército. Nos dieron garantías para pelear y volvimos a la lucha. Se nos unieron *los Pepes* y sacamos a don Pablito del Magdalena medio, sin dejar entrar la guerrilla. Hoy controlamos la región para poder trabajar. Aquí nadie le roba a nadie. Las autoridades mandan pero nosotros las vigilamos: si se debilitan las fortalecemos; si regulan, las empujamos; si se corrompen las reemplazamos».

Justificada o no, la explicación era clara. Le preguntamos entonces cuál era la solución.

«Nosotros no entregamos las armas hasta que las guerrillas no las entreguen. No valen diálogos ni acuerdos con la



«Las autoridades están corrompidas o frenadas por la Procuraduría y el cuento de los derechos humanos», sostienen las autodefensas.

subversión. Sólo aceptaremos la paz cuando las guerrillas se desarmen. Hace poco estuvimos hablando con doña Victoria, la mujer de Pablo Escobar, nuestro enemigo, y le dijimos: “es mejor que usted no sepa lo que hizo su marido; toda la plata que consiguió no puede pagar nuestros muertos. La guerra se acabó y nosotros la respetamos. Le aconsejamos, eso sí, que no deje que su hijo, que es tan impulsivo, se meta a atizar el rescoldo”. Con eso les digo todo».

¿Y qué opina de la carta que Fidel Castaño le madó al Gobierno?

El manda allá y nosotros por aquí. El ha sido un gran guerrero que ha perdonado a muchos de sus enemigos y les ha dado trabajo en sus fincas. Hemos conversado con él. Hay que esperar. A nadie le gusta la guerra; el que esté contento con ella es porque no la hace pero se beneficia de nosotros los que “frenteamos”. Eso de meterse a otro a bala limpia es muy cruel, no se lo deseo ni a mis enemigos. El derecho es que yo pudiera dedicarme a mi finca, a criar mis hijos».

Regresamos a La Dorada donde teníamos una cita con un próspero y reconocido comerciante del puerto. Señaló que el movimiento del padre Nicolás se originó

en la inconformidad de los «beneficiados» del programa de vivienda Las Ferias hecho por Víctor Renán Barco. Son cinco mil casas de tres metros de frente por 12 de fondo, «una colmena en cemento», donde viven 25.000 personas, la cuarta parte de La Dorada. Los judiciales recibían la vivienda sin terminar y en arrendamiento. De esta manera el arrendador tenía siempre un fondo de por lo menos 12.000 dólares de cautivos. La gente, para volverse propietaria, se quitó al señor de encima y votó por cura.

«Como Víctor Renán Barco nejabla La Dorada como daba la gana, —agregó— los comerciantes y ganaderos decidimos ensayar una salida civil. Los partidos políticos han mostrado ser instrumentos de la corrupción. Por eso no hay autoridad respetable y la gente hace justicia por su cuenta. El padre Nicolás rescata la fe en la autoridad para que no haya necesidad de salirse del orden constitucional. Al padre lo paldan 14.000 votos libres».

Al día siguiente nos esperaba el padre Nicolás Gómez. Comenzó diciendo que los riodistas lo habían engañado una y otra vez. Que la crítica de *El Tiempo* sobre el zar de la Magdalena medio era canallada porque ponía al cura como cabeza de un movimiento de paramilitares y narcotraficantes.

«A uno —dijo en tono airado— pueden condenar ustedes por el simple hecho de estar en desacuerdo con la línea del periódico. Es una irresponsabilidad que a veces bordea los límites de lo criminal porque ponen a quien usted estima en la mira de los criminales».

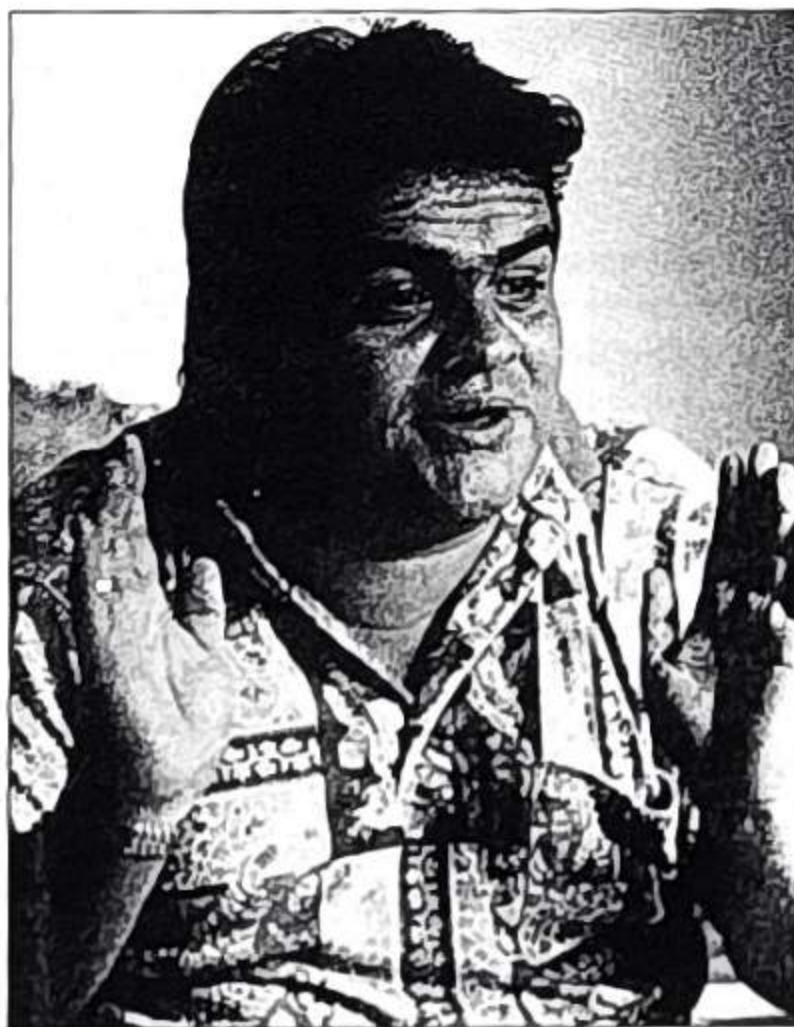
«El movimiento —agregó— es una reacción contra el clientelismo y la corrupción. El senador Víctor Renán Barco ha utilizado el poder público y las finanzas públicas para favorecer a sus amigos y ha dejado de lado las necesidades del pueblo. Yo represento la inconformidad de mucha gente excluida, cansada de promesas y aburrida con la ausencia de autoridad. Me apoyan los empresarios, los ganaderos, los comerciantes y, en general, el pueblo. Yo voy a gobernar destruyendo los mecanismos de participación que dio la Constitución y voy a hacer oposición que nos hará votar por mí para no cometer los errores que él cometió. Voy a usarla como contraloría de la procuraduría para evitar que el movimiento se nos clientelice y nuestra administración se corrompa».

¿Cómo ve la posibilidad de la reforma? «El Estado tiene que empezar

cer respetar la vida, honra y bienes de todos los colombianos. Si no cumple con este deber constitucional, base de todos los derechos, ¿cómo pretende que la gente cumpla con sus deberes? En todo el país la gente hace justicia con mano propia porque el Estado cayó en manos de unos pocos que lo usan para sus propios fines. En el Magdalena medio los ganaderos y los comerciantes tuvieron que organizar su propia defensa porque un estado corrupto no puede defenderlos. ¿Qué diferencia existe entre la llamada seguridad privada —los vigilantes que cuidan edificios, fábricas, almacenes en las ciudades— y los grupos de autodefensa? Hoy día en el campo y en muchos pueblos del Magdalena medio usted puede dejar su carro abierto y no le roban un casete. Nadie se roba una res ni corre una cerca de alambre porque existe una sociedad constituida por los ciudadanos de bien. La corrupción y debilidad del Estado ha costado y aún costará mucha sangre. Aquí hemos encontrado una solución regional. La paz necesita de dos esfuerzos: el que se haga para recuperar la autoridad y el que se haga para permitir la participación de todos».

No será fácil para el padre Nicolás romper los modos de gobernar a los que el país está acostumbrado, pero es indudable que los movimientos cívicos están abriendo una puerta. Sumados los votos de las ciudades y los pueblos donde ganaron las banderas cívicas, la amenaza de una candidatura cívica a la Presidencia

«¿Acaso existe diferencia entre la vigilancia privada de las ciudades y las autodefensas campesinas?»



El padre Nicolás se declara líder cívico y niega ser un vocero de los paramilitares.

puede trasnochar a los partidos tradicionales, por lo menos a la forma tradicional de hacer política.

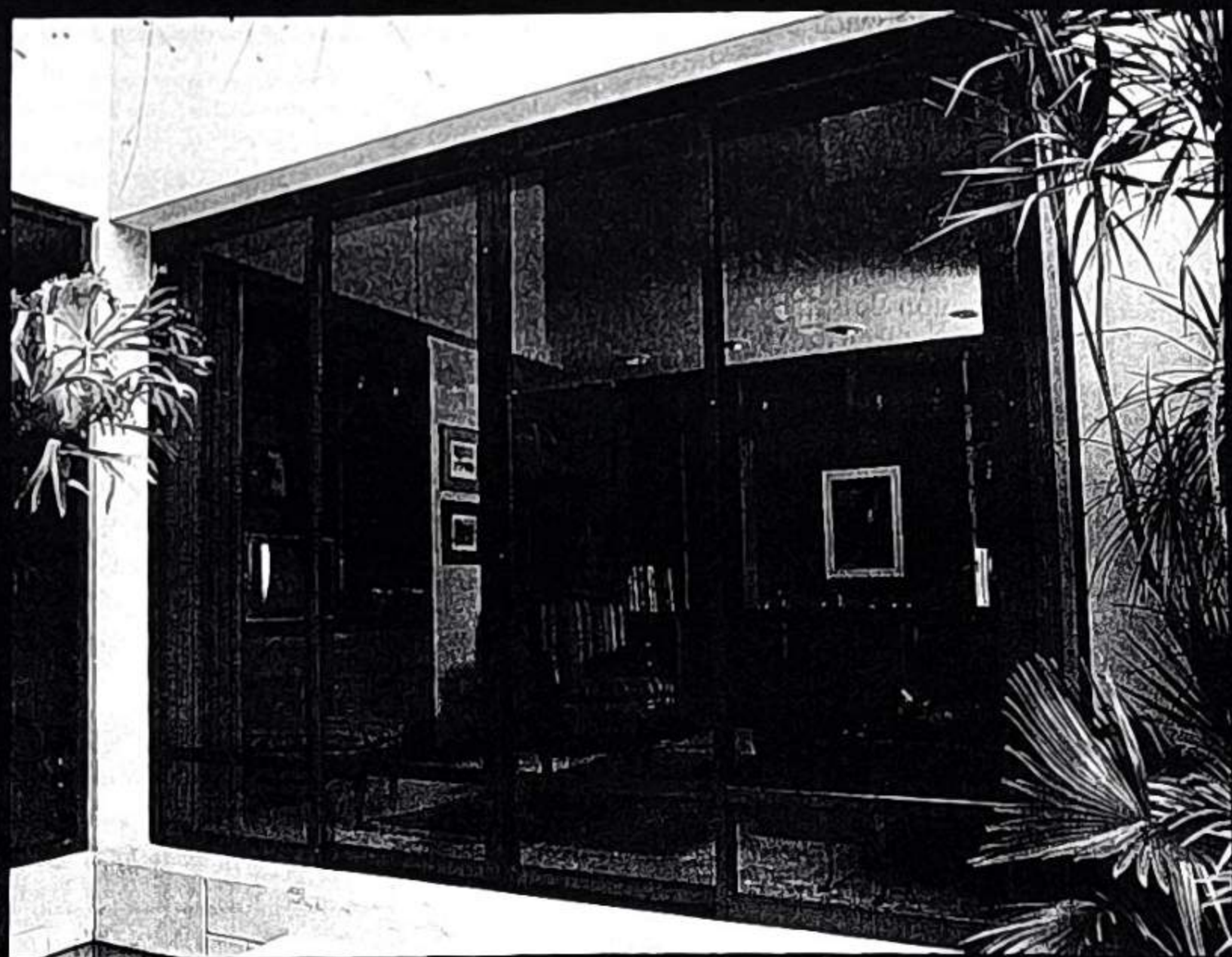
El cuadro general del conflicto en el Magdalena medio es muy complejo. Es posible que el proceso se inicie en la concentración desigual de tierras que los colonos habían arrancado a la selva.

Las mejoras dieron lugar a grandes haciendas ganaderas. Los colonos fueron derrotados, unos por el juego económico y otros por la violencia. Muchos salieron de la región. Hacia el norte, a abrir las selvas del Carare-Opón, hacia las cordilleras. Es en estos dos grupos donde la incidencia de la actividad guerrillera será mayor. Pero también otros migran hacia las ciudades. Un gran grupo llega a La Dorada y es presa del clientelismo local que utiliza la vivienda como instrumento electoral. Otro grupo de colonos no migra sino que se queda en la zona como mano de obra de las haciendas. Quizá de aquí salen las autodefensas. ■

al frente de toda obra



Puertas Que Abren Espacios



Puerta Corrediza M-2.000

El derecho a soñar en paz



PATRICIA LARA

La paz es como el amor: primero se hacen coquitos. Luego se da el sí. Después se pelean las diferencias y se lava en casa la ropa sucia. Pero siempre cogidos de la mano, sin abandonar la negociación

EL PRINCIPAL ACIERTO DEL GOBIERNO DE Ernesto Samper ha sido su «informe sobre el estado de la paz». En él se traslucen dos premisas básicas para el éxito de cualquier proceso de paz, así éste se dé en el terreno militar, social, laboral y hasta conyugal: la voluntad política para lograr la paz y la comprensión del origen del conflicto (o de los conflictos entrecruzados de Colombia).

Que la primera condición exista, es decir, la voluntad de pagar el costo que implica lograr la paz, es indispensable para que surja la segunda, o sea, la comprensión de por qué hay guerra: no es cierto, como decía Santo Tomás, que hay que «ver para creer». La verdad es la contraria: hay que creer para ver. Entonces, si se cree que puede haber paz, es factible comprender las razones del enfrentamiento.

El porqué de la guerra empieza a entenderse cuando se piensa, como decía alguien, que «cada cual desde su punto de vista tiene razón». Por ello reconforta el discurso del Presidente: porque parece como si él pensara lo mismo y mirara el binomio paz-guerra no sólo desde su óptica sino también desde la de los demás: militares; guerrilleros de los distintos grupos; paramilitares; milicias; y población civil víctima de la guerra. (Eso sí, están ausentes del planteamiento presidencial los puntos de vista de otros factores indiscutibles de violencia, casi imposibles de incluir en un plan de paz: narcotraficantes y demás delincuentes comunes).

Como avances de la nueva aproximación de Samper a la paz deben destacarse: 1) Que el proceso ocurra en plena guerra y que no se ventilen sus detalles en los medios de comunicación. Así se evita que los «enemigos agazapados de la paz», como lúcidamente los llamó una vez Otto Morales Benítez, paralicen el sueño de Colombia porque bajan helicópteros para culpar al bando opuesto o realizan masacres al estilo de la de La Chinita (Apartadó) para salir de unos cuantos «compas» enemigos y, de paso, culpar a otro: el ejército. 2) Que se apruebe una ley de desarme general. 3) Que se busque humanizar la guerra y evitar que la población civil sea su víctima: así se impide que se multiplique la confrontación porque para expandirla no hay como hacer blanco de ella a la población civil —familiares, vecinos y amigos de los combatientes incluidos—. 4) Que Colombia firme el Protocolo II de Ginebra, el cual compromete a las partes en conflicto (guerrilleros, militares, paramilitares y milicias) a no atacar contra la vida e integridad física y mental de los civiles, a no torturar, a no secuestrar, a no tomar rehenes, a no poner minas, a no ejecutar actos terroristas, a proteger a los heridos —a no rematarlos, mejor dicho—. 5) Que se acepte la verificación del proceso por parte de una entidad con aval del exterior, como la Cruz Roja Internacional. 6) Que el Consejo Gremial (léase empresarial) quiera constituir un Fondo para la Paz porque cree que ella no se consigue gratis y está dispuesto a pagar su

costo. 7) Que el Presidente diga que no le pone plazos a la paz porque «hemos tardado muchos años en montar esa compleja y diabólica máquina de destrucción que ahora debemos desmontar con serenidad y generosa capacidad de sacrificio y entrega». 8) Que concluya —y ojalá la guerrilla lo entienda— que cuando «llegue la paz, podremos destinar los presupuestos que hoy financian la guerra a inversiones para financiar la otra paz, la paz social». Ello implica que gran porción de la impensable cifra de tres billones y medio de pesos anuales que se gastan en defensa, podría invertirse en salud, educación y empleo para los pobres.

En resumen, es muy bello y muy reconfortante que el Presidente diga: «la paz no se da, la paz se construye. La guerra estalla, la paz se edifica».

Vale la pena destacar la labor discreta y de «mente abierta» (*open minded*, dicen los gringos) desarrollada por el Alto Comisionado de Paz, Carlos Holmes Trujillo. Confieso que por ser político a secas no me gustó su nombramiento. Sin embargo, sin mostrar protagonismo, Holmes auscultó la opinión de todos los que él creyó que podían aportar algo para su comprensión del conflicto colombiano. Y parece que lo entendió. De ahí que diga: «el balance... revela que si bien diferentes sectores de la sociedad permanecen escépticos, también existe voluntad de contribuir a que se supere la barbarie de la guerra y su secuela de traumas y sueños rotos». Ya no habla él de manidos cese el fuego ni de reinsertados de mentira. Plantea compromisos para «convivir con nuestras diferencias en la búsqueda de un objetivo superior: el reencuentro de compatriotas enfrentados». Es un lenguaje respetuoso y, por ello, realista: en Colombia existen varias realidades paralelas o superpuestas, las unas tan válidas como las otras. Tal vez porque así se entendió, Marco León Calarcá, vocero en México de las FARC, acogió —según la agencia EFE— la propuesta de propiciar «acercamientos preparatorios» para una negociación.

La paz es como el amor: se «hacen coquitos». Luego se da el sí. Después se pelean las diferencias y se lava en casa la ropa sucia. Pero siempre cogidos de la mano, sin abandonar la negociación. Más tarde se elige la agenda y se aceptan las reglas de juego. (Así fue en El Salvador). Entonces, si hay real voluntad política de las partes, se conquista el derecho a soñar en paz.

¡Bravo Colombia!

El cantante Carlos Vives y el periodista Darío Arizmendi nos han regalado orgullo de patria: ambos ganaron el importante Premio Ondas para Iberoamérica. El primero por ser «el artista revelación latino». Y el segundo «por su capacidad de proyección humana, el interés de sus personajes y su excelente tratamiento televisivo» en su serie de programas «Cara a cara con Darío Arizmendi».

¡Bravo por ellos y por nosotros!

La paz, el campo y la apertura



ANTONIO CABALLERO

Sin duda, es más barato mantener mediante subvenciones a los campesinos trabajando y produciendo en el campo que tenerlos sin subvenciones echando tiros en el monte o atracando en las ciudades

DICE EL PRESIDENTE SAMPER QUE LA PAZ depende del campo, y en consecuencia hay que ocuparse de él. Eso es verdad, y no por razones líricas ni simplemente políticas; sino por razones económicas. Porque la raíz principal de la violencia en el campo ha sido históricamente económica, y lo sigue siendo.

La violencia liberal-conservadora de los años cincuenta, y la guerrilla posterior, tuvieron pretextos y alientos políticos, pero más profundamente venían de la lucha por la tierra, cuando la tierra era rentable en Colombia. Y ahora que está dejando de serlo y ya no se lucha por ella sino que se la abandona, su abandono fomenta la violencia actual: la violencia es casi la única fuente de riqueza que queda en el campo, y prácticamente la única fuente de empleo; ya no hay peones de hacienda: ahora hay guerrilleros o paramilitares. Y su proliferación contribuye a su vez a hacer el campo menos rentable aún, puesto que aumenta los costos de producción. ¿Ha calculado el DANE lo que encarece cada kilo de carne el pago de vacunas, boleteos y rescates de secuestro, más el mantenimiento de ejércitos privados, más las propinas a la fuerza pública? Porque no hay duda de que en esos rubros los ganaderos colombianos invierten más que en piensos compuestos.

También la causa central de la violencia en las ciudades, sea política o de simple supervivencia, está en el campo. En la violencia del campo, que expulsa hacia las ciudades cientos de miles de refugiados cada año, a un ritmo mucho más rápido que el de la creación de empleo por la industrialización urbana. El desempleo urbano genera necesariamente delincuencia. ¿Y ha hecho el DANE las cuentas de lo que gastan en las ciudades los comerciantes y los industriales en protección, y de lo que pierden por robo, atraco o secuestro? ¿En cuántos centavos hay que aumentar el precio de la cerveza o de las gaseosas para compensar lo que invierten Santo Domingo o Ardila en su seguridad personal?

Ocuparse del campo para que deje de ser una fuente de violencia consiste, pues, en dos cosas, y

las dos van frontalmente en contra de la política neoliberal que inspiró el Gobierno de Gaviria, que los Estados Unidos y el Fondo Monetario exigen, y que todavía sigue impregnando el Gobierno de Samper. La primera es hacer por fin las tantas veces anunciada reforma agraria. Con ella, claro está, descenderá la productividad del campo, como ha ocurrido en todos los países en que se ha hecho. Pero a la vez aumentará el empleo, aunque no sea más que un empleo de autosubsistencia: los campesinos con tierra ya no tendrán que hacerse guerrilleros o paramilitares para comer. ¿Y ha calculado el DANE lo que ahorraría anualmente el país en pólvora y en plomo? La otra cosa es complementaria de la reforma agraria, y consiste en hacer el campo rentable para quienes viven en él, y de él. Lo cual implica garantizar mercados para la producción agrícola y pecuaria (hoy sólo los hay para la coca y la amapola, productos que generan violencia). Y garantizar esos mercados implica, muy probablemente, subvencionarlos. Porque sólo con subvenciones puede el campo colombiano competir con los productos agropecuarios (subvencionados ellos también) de los Estados Unidos o de la Europa comunitaria. Los neoliberales pondrán el grito en el cielo, alegando que sale más barato importar alimentos que producirlos en Colombia. Pero ese argumento sólo se sostiene porque el DANE no ha echado cuentas, y no incluye en los costos de la importación todos los extras ya mencionados que se derivan de la in-



Los campesinos con tierra no tendrán que hacerse guerrilleros o paramilitares para comer.

seguridad. Porque, sin duda, es más barato mantener mediante subvenciones a los campesinos trabajando y produciendo en el campo que tenerlos sin subvenciones echando tiros en el monte o atracando en las ciudades.

De manera que, si, la paz en Colombia depende de la prosperidad del campo; pero ésta a su vez depende de la intervención directa y subvencionadora del Estado. Es decir, del desmantelamiento de buena parte de la política de apertura económica y del regreso al intervencionismo. Porque si se mantiene la apertura hay que defenderla a tiros. Y los tiros cuestan.